

Mons. RINO FISICHELLA \*

## **FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS DE LA NUEVA EVANGELIZACIÓN**

Fecha de recepción: octubre 2011.

Fecha de aceptación y versión final: enero 2012.

**RESUMEN:** Esta conferencia responde a la pregunta, qué significa nueva evangelización. Para ello, el autor señala el fundamento bíblico de este concepto, explica su contenido a la luz de Heb 13,8 y desarrolla una reflexión sobre su método (cf. 1Pe 3,15-16), proponiendo finalmente un reflexión antropológica (GS 22).

**PALABRAS CLAVE:** evangelio, fe, antropología, apologética.

### *Theological foundations of the new evangelisation*

**ABSTRACT:** This conference answers to the following question: what does new evangelisation means? The author indicates the biblical foundations of this concept, makes clear its content in the light of Heb 13,8 and thinks about its method (cf. 1Pe 3,15-16), proposing finally an anthropologic perspective (GS 22).

**KEY WORDS:** gospel, faith, anthropology, apologetics.

La teología no es la biografía del teólogo, pero ciertamente no se puede excluir la experiencia personal en la reflexión teológica. Así quiero indicar el horizonte dentro del cual se realizan estas reflexiones sobre el fun-

---

\* Arzobispo y Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización.

damento teológico de la nueva evangelización. Nos encontramos con una realidad como la «nueva evangelización» que reclama ser justificada a nivel epistemológico al interior del saber teológico; por otra parte, el horizonte de pensamiento que intenta formular las premisas está determinado por una peculiar lectura de la teología y de la historia. Propiamente desde aquí se desarrolla la biografía del teólogo que, sin embargo, debe conjugarse con los principios epistemológicos de su saber teológico. En una palabra, la determinación epistemológica de lo que pretendo decir está marcada por mi perspectiva teológica personal, según la cual «la teología es un instrumento, una mediación personal, un hacer posible, un desvelar la abundancia infinita de la verdad divina en los receptáculos finitos en los cuales nos ha sido dada la revelación, de modo que el creyente pueda encontrar tal infinitud en la adoración y en la obediencia de vida. La verdad de la revelación, en cuanto verdad divina y vivida, está estructurada de modo que la teología realiza su obra teorética, que luego desborda en adoración y en obediencia; por tanto, en su contenido de verdad debe dejarse medir con la adoración y la verdad. Cristo, de hecho, no es para nada una teoría, ni siquiera en cuanto Él es la verdad. Y una teoría sobre Cristo debe medirse y orientarse a un mundo donde Cristo es la verdad, pero no en el modo en que son verdaderas las ciencias profanas»<sup>1</sup>. Como puede notarse, esta premisa es *conditio sine qua non* para verificar cómo desde el inicio de nuestra reflexión no nos movemos por una pretensión exterior a la revelación, ni tampoco a la teología ni a la inteligencia; sino sobre todo por una exigencia interna a la revelación. Esto significa que no se hace «nueva evangelización» porque estemos en un momento de crisis relacionado con una crisis más amplia de carácter cultural y más precisamente antropológico; pienso que se debe hacer «nueva evangelización» porque así está pedido por el Evangelio al que debemos obediencia. En fin, si se puede jugar con el orden de las palabras, nuestra reflexión versa sobre el hecho de que no estamos llamados a hacer una «nueva evangelización», sino una «evangelización nueva». Así podemos ver que la misión a la que estamos llamados siempre es la misma y tiene una razón teológica de ser. Ella no responde primariamente a exigencias sociológicas, sino que permanece con su validez teológica que no puede faltar en la Iglesia. Esto no significa que el orden

---

<sup>1</sup> H. U. VON BALTHASAR, «La sede della teologia», en *Verbum Caro. Saggi teologici* I, Brescia 1970, 168-169.

histórico no tenga un valor particular, al contrario. Reflexionando teológicamente sobre el momento histórico la Iglesia comprende la urgencia y la importancia de una nueva evangelización sin la cual no estaría obedeciendo al mandato de su Señor. El escenario de la historia, por tanto, no es excluido, sino leído a la luz de una premisa teológica como es el señorío de Cristo y su radical novedad traída con la revelación<sup>2</sup>.

## EL FUNDAMENTO

Son muy variadas las expresiones que el Nuevo Testamento utiliza para describir la acción reveladora de Jesús; además de «proclamar» y «enseñar», un verbo que aparece con frecuencia para indicar su obra es «evangelizar». En su significado común, ya presente en el Antiguo Testamento, el mismo expresa la idea de anunciar un mensaje con alegría, como por ejemplo el nacimiento de un hijo o la victoria en la batalla. El sentido del término comienza a poseer un valor típicamente religioso en el libro del profeta Isaías: «Qué hermosos sobre los montes son los pies del mensajero de anuncios alegres, que anuncia la paz, mensajero de bien que anuncia la salvación, que dice a Sión: tu Dios reina» (Is. 52,7). La referencia de este versículo es un heraldo que precede al pueblo en su retorno de la esclavitud de Babilonia. Los habitantes de Jerusalén, que se encuentran sobre los muros y sobre las torres de la ciudad, están esperando a los sobrevivientes y de la cima de la montaña divisan al mensajero que grita a voz en cuello la liberación y el retorno a la patria. En la idea del profeta, el heraldo está anunciando la verdadera victoria; esta no es tanto el retorno del exilio, cuanto el hecho de que Dios vuelve a habitar en Sión y esto da inicio a una nueva fase de la historia. El mismo profeta retoma el concepto en otro pasaje donde se dice: «el espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha consagrado con la unción, me ha enviado a llevar la alegre noticia a los pobres» (Is 61,1).

La cercanía entre estas expresiones y las que encontramos en los escritos del Nuevo Testamento es inmediata e impresionante. Jesús en su predicación se ha identificado con el esperado mensajero de alegría. En su persona y en los signos que realiza se ve el cumplimiento de la promesa

---

<sup>2</sup> Para estas consideraciones sobre la radical novedad de la Revelación, cf. R. FISICHELLA, *Oportet philosophari in theologia*: Gregorianum 76 (1995), 525-529.

de Dios de dar vida a una nueva etapa de la historia: la de su Reino. Después de él, los apóstoles, Pablo y los discípulos son identificados como los portadores de un anuncio de salvación y alegría. El famoso texto de la carta a los Romanos retoma la lectura de Isaías y lo aplica a todos los cristianos que anuncian el Evangelio: «¿Cómo podrán invocarlo sin haber creído en Él? Y ¿cómo podrán creer sin haber oído hablar de Él? Y ¿cómo podrán oír hablar de Él sin alguien que lo anuncie?, ¿cómo lo anunciarán sin haber sido enviados? Como está escrito: qué hermosos son los pies de quienes anuncian la buena noticia» (Rm 10,15). Es interesante observar cómo en esta cita del profeta, el Apóstol no menciona a los montes. El significado presupuesto es de ayuda para comprender la tarea de los nuevos evangelizadores: han recibido una misión que como destinatario tiene al mundo entero. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, por último, el Evangelio es directamente identificado con la persona de Jesús, el Mesías esperado y llegado junto a nosotros: «todos los días en el Templo y en las casas no cesaban de anunciar la buena noticia del mesías Jesús» (Hch 5,42).

Como se desprende de estas primeras observaciones, evangelizar equivale simplemente a llevar el evangelio. El evangelio no sólo da testimonio de un hecho histórico como la predicación, la muerte y la resurrección del Señor Jesús en cuanto evento de salvación para cuantos creen en Él. Siendo Palabra viva de Dios, es también un evento que provoca a las personas, penetra en sus vidas llamándolas a la conversión y creando una comunidad de fe, de esperanza y de amor. En fin, no es una simple palabra, sino una fuerza creadora que actúa cuanto expresa; lo recuerda San Pablo: «Nuestro evangelio no se os predicó sólo por medio de la palabra, sino con potencia y con Espíritu Santo y con profunda convicción» (1Ts 1,5). Quienes reciben el evangelio se convierten en misioneros, para que la alegría que les fue comunicada y transformó sus vidas, permita también a otros encontrar la misma fuente de amor y salvación<sup>3</sup>.

## EL DESARROLLO

Al contrario del verbo «evangelizar» y del término «evangelio» —que son bastante frecuentes en los textos sagrados y, en consecuencia, en

<sup>3</sup> Cf. G. FRIEDRICH, «εὐαγγελίζομαι», en GLNT III, 1023-11-06.

nuestro lenguaje—, el término «evangelización» es de naturaleza tardía. Con mucha probabilidad, fue Erasmo el primero en utilizar la derivación «evangélico» para designar todo lo que consideraba una forma de fanatismo luterano. A partir del Concilio de Trento, en el mundo católico sucedió un cierto rechazo a utilizar el verbo «evangelizar» porque se lo consideraba demasiado «protestante». Se prefería entonces el término de «misión». Sólo en el siglo XVIII algunos protestantes comenzaron a entender la exigencia de la actividad misionera descuidada en los inicios de la Reforma, y fue propiamente en aquella ocasión cuando utilizaron el término «evangelización». También esto obviamente, se convirtió en un pretexto para que los católicos no utilizaran esta palabra. Finalmente a partir de los años cincuenta, gracias al impulso del movimiento catequético, también de nuestra parte se comenzó a hablar de «evangelización» para distinguirla de la catequesis y de otras modalidades pastorales. Se habló entonces de «evangelización» como la actividad de la Iglesia que se identificaba con el primer anuncio del evangelio, y de catequesis para definir la formación sistemática de los creyentes ya evangelizados. Como el lenguaje sigue, a veces, la exigencia de precisión de los especialistas, a partir de aquí es fácil encontrar otras expresiones, como por ejemplo, «pre-evangelización», para indicar la preparación de los no cristianos al anuncio explícito del evangelio. Todas estas sutilezas, si bien a veces ayudan a especificar, no siempre sirven para tener una visión de conjunto. Una última mirada veloz al desarrollo en la terminología muestra un dato interesante. En los documentos del Concilio Vaticano I (1869-1870), el término «Evangelio» aparece una sola vez; imposible encontrar «evangelizar» y obviamente, «evangelización». En los documentos del Concilio Vaticano II, en cambio, el término «Evangelio» es utilizado 157 veces, «evangelizar» 18 veces y «evangelización» 31 veces<sup>4</sup>. Como se ve, la expresión se impone cada vez más hasta convertirse en lenguaje común. El uso del lenguaje, además, indica una cultura presupuesta, y ésta lleva a identificar la acción del anuncio de la Iglesia en el mundo contemporáneo como una prioridad.

---

<sup>4</sup> Cf. A. DULLES, «John Paul II and the New Evangelisation: What does it Mean?», en R. MARTIN - P. WILLIAMSON (eds.), *John Paul II and the New Evangelisation*, Cincinnati 2006, 4.

## EL CONTENIDO

El riesgo de que «nueva evangelización» sea una fórmula abstracta no es menor ni peregrino; para evitarlo es necesario clarificarlo, ofreciendo contenidos que permitan captar su sentido y finalidad. Dos expresiones me parecen particularmente eficaces para esta tarea. La primera refiere al contenido, la segunda a la metodología. La nueva evangelización se fortalece a partir del texto de la carta a los Hebreos «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (Heb 13,8). No hay cambio ni alteración posible. Lo que debe ser anunciado permanece idéntico como en el primer día de nuestra llegada a la fe. Para comprender mejor el texto aludido es necesario entrar en su contexto. El autor se muestra particularmente interesado en la cohesión de la comunidad, y dice: «Acuérdense de sus superiores, que les anunciaron la palabra de Dios, considerando atentamente el tenor de su vida, imiten su fe» (v.7). A diferencia de los numerosos textos de la carta donde aparece frecuentemente el término «sacerdote» (*presbyteroi*) o también «obispos» (*episkopoi*) aquí, en cambio, encontramos el raro caso de «hegoumenoi» es decir «superior», aquellos de los que Jesús usando el mismo término en el evangelio dice que deben «servir» mientras se espera su venida (cf. Lc 22,26). El horizonte que se abre puede ayudar a reflexionar. A los discípulos que discuten entre sí quien debe ser el más grande, Jesús responde que el que gobierna debe ser como el que sirve. Si lo aplicamos a nuestro tiempo, a menudo confuso y tendiente al predominio del poder, el texto sugiere que los creyentes estamos llamados a reafirmar el primado de un verdadero servicio. Esto no nos hace mejores que los otros ni nos debe enorgullecer, sólo nos hace tomar conciencia de la responsabilidad a ejercitar.

El texto, sin embargo, va más allá y muestra que la primera tarea reconocida a estos «superiores» es que han anunciado la palabra de Dios. La predicación ha permitido la escucha y ésta ha provocado la fe (cf. Rm 10,14) y el impulso por la construcción de la comunidad cristiana. Como se ve, el anuncio es el primer deber del ministerio que los cristianos han de desarrollar; no se puede renunciar a él sin traicionar la responsabilidad del bautismo. El autor sagrado agrega, por fin, algo para nada secundario, sobre todo si consideramos de nuevo nuestro momento histórico: el estilo de vida del creyente provoca la imitación de la fe. La carta a los Hebreos es contundente: la eficacia del ministerio no se agota en la predicación, sino en el testimonio visible que permite captar la credibilidad.

En la unión de estos componentes, de los que no se puede separar la acción litúrgica tan importante en la enseñanza de esta carta, se configura la lógica de la fe. Prescindir de estos aspectos o dividirlos afectaría el contenido mismo de la evangelización y de la fe. En suma, creer no es adherir a un teorema, sino compromiso de vida y entrega de sí, porque se ha encontrado a Jesucristo en una comunidad viva que lo anuncia de manera creíble.

En este punto estamos en condiciones de realizar otro paso. El texto especifica en qué consiste la fe recibida por la predicación del apóstol: la persona de Cristo Jesús. La expresión utilizada por el autor sagrado es perentoria: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre». No hay lugar a ninguna duda, ni a ninguna forma de neutralidad. En los tres adverbios se atestigua la solidez de la revelación de Jesús; Él es la «piedra angular» (Mt 21,42), la «roca» (Mt 7,24-25), el fundamento sobre el que construir la propia vida. Lo fue «ayer», en el momento en que se ha creído en él; lo es «hoy», al anunciar su Palabra y celebrar el misterio de su muerte y resurrección; y lo será «siempre», hasta el fin de los tiempos. En una palabra, Cristo es siempre el mismo. Además, la carta agrega en el versículo sucesivo: «No se dejen desviar por doctrinas diversas e inconsistentes, porque es bueno que el corazón sea fortalecido por la gracia» (v.9). Es como si el autor sagrado viese más allá de su propio tiempo —no menos complejo que el nuestro— y apuntase la mirada sobre el futuro de los creyentes cuando, diversas filosofías e ideologías debilitarían la estabilidad e integridad de la fe.

## EL MÉTODO

El segundo texto de referencia es la *carta magna* de la apología cristiana: «siempre dispuestos a responder a quien les pida razón de la esperanza que hay en ustedes» (1Pe 3,15). Conocemos bien las condiciones de la primera comunidad a la que Pedro se dirige: dispersa, fragmentada, sometida a diversas dificultades y, no menos importante, objeto de violencias de vario tipo. No sin motivo el Apóstol siente el deber de recordar a aquellos cristianos: «No os sorprendéis por el incendio de persecución que se ha desencadenado contra vosotros para probaros, como si sucediese algo extraordinario. En la medida en que participéis de los sufrimientos de Cristo, alegraos para que también en la revelación de su glo-

ria podáis alegraros y exultar. Bienaventurados, si sois insultados por el nombre de Cristo, porque el Espíritu de la gloria y el Espíritu de Dios reposan sobre vosotros. Que ninguno de vosotros tenga que sufrir como homicida o ladrón, o malhechor o delator. Pero si uno sufre como cristiano, no se avergüence; al contrario, glorifique a Dios por este nombre» (1Pe 4,12-16). Palabras que permanecen con su significado también en nuestros días en diversas regiones de nuestro pequeño mundo; a pesar de este contexto, los creyentes son llamados a «dar razón» de la fe. La apología no es extraña al creer, al contrario; pertenece plenamente al acto con el que se entra en la lógica de la fe. Esta supone, en primer lugar, que el acto realizado pueda ser realmente libre; fruto del abandono con el que uno se confía a Dios con el propio intelecto y voluntad (cf. DV 5). En los últimos decenios, dar razón de la fe no parece haber apasionado mucho a los creyentes. Tal vez por esto la convicción ha disminuido, porque la elección no era tal. El recurso a las tradiciones de siempre o a las experiencias más diversas, sin la fuerza de la razón no han logrado ser atractivas, especialmente en una cultura que se imponía cada vez más con la certeza de la ciencia. La situación, en algún sentido, se ha esclerotizado; algunos han pensado que una cansina repetición de fórmulas pasadas pudiera constituir un bastión de defensa, sin darse cuenta que sólo eran arenas movedizas. Pensar que la nueva evangelización pueda realizarse con una superficial renovación de formas pasadas es una ilusión de la que debemos alejarnos. Ciertamente, la solución tampoco está en la extravagancia de inventar novedades sólo para satisfacer al hombre contemporáneo, siempre en movimiento, pronto a cualquier experiencia y carente del gusto de una visión crítica.

El camino a recorrer no es para nada simple; hay que saber mantenerse fieles al fundamento y por esto mismo ser capaces de construir algo que sea coherente, pero en grado de ser comprendido por un hombre que es distinto al de otras épocas. Para ello Benedicto XVI ha instituido el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización. El contexto histórico delineado por él permite verificar más directamente el objetivo de una evangelización nueva: «En nuestro tiempo, uno de sus rasgos singulares ha sido afrontar el fenómeno del alejamiento de la fe, que se ha ido manifestando progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos estaban impregnadas del Evangelio. Las transformaciones sociales a las que hemos asistido en las últimas décadas tienen causas complejas, que hunden sus raíces en tiempos lejanos, y han modi-

ficado profundamente la percepción de nuestro mundo. Pensemos en los gigantescos avances de la ciencia y de la técnica, en la ampliación de las posibilidades de vida y de los espacios de libertad individual, en los profundos cambios en campo económico, en el proceso de mezcla de etnias y culturas causado por fenómenos migratorios de masas, y en la creciente interdependencia entre los pueblos. Todo esto ha tenido consecuencias también para la dimensión religiosa de la vida del hombre. Y si, por un lado, la humanidad ha conocido beneficios innegables de esas transformaciones y la Iglesia ha recibido ulteriores estímulos para dar razón de su esperanza (cf. 1Pe 3,15), por otro, se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia, y la referencia a una ley moral natural... Por tanto, haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización. Esta se refiere sobre todo a las Iglesias de antigua fundación, que viven realidades bastante diferenciadas, a las que corresponden necesidades distintas, que esperan impulsos de evangelización diferentes: en algunos territorios, en efecto, aunque avanza el fenómeno de la secularización, la práctica cristiana manifiesta todavía una buena vitalidad y un profundo arraigo en el alma de poblaciones enteras; en otras regiones, en cambio, se nota un distanciamiento más claro de la sociedad en su conjunto respecto de la fe, con un entramado eclesial más débil, aunque no privado de elementos de vivacidad, que el Espíritu Santo no deja de suscitar; también existen, lamentablemente, zonas casi completamente descristianizadas, en las cuales la luz de la fe está confiada al testimonio de pequeñas comunidades: estas tierras, que necesitarían un renovado primer anuncio del Evangelio, parecen particularmente refractarias a muchos aspectos del mensaje cristiano. La diversidad de las situaciones exige un atento discernimiento; hablar de «nueva evangelización» no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia».

Por último, podemos retornar al texto de Pedro en el que el Apóstol añade tres términos que me parece poseen un valor normativo: «Que esto sea hecho con dulzura, respeto y recta conciencia» (v.16a). La referencia a estos tres términos tiene un valor programático. El Apóstol quiere enseñar que la presentación y el anuncio de la esperanza que hay en los creyentes no pueden recurrir a la arrogancia ni al orgullo, como si hubiera un sentido de superioridad con respecto a otras doctrinas. Como el corazón del cristianismo es Cristo Jesús el encuentro con Él reclama una aproximación distinta, coherente con el contenido que se anuncia. En primer lugar se menciona la «dulzura», sinónimo de «mansedumbre» y refiere a la bienaventuranza proclamada por Jesús. También Pablo en la carta a Timoteo subraya que «un siervo del Señor no debe ser pendenciero, sino manso con todos, paciente ante las ofensas, dulce en la reprensión a los opositores, con la esperanza de que Dios les quiera conceder la conversión y reconozcan la verdad» (2Tm 2,24-25). La segunda referencia es al «respeto». Es la capacidad de comprender al interlocutor, darse cuenta de los deseos y la búsqueda del bien que éste posee; por esto es importante acercarse a cada uno sabiendo de sus necesidades más profundas para encaminarlo con la propia palabra hacia la verdad anhelada. Este respeto es también sentido de responsabilidad ante Dios, porque se es anunciador de su Palabra. Ninguno puede atenuar la radicalidad que proviene del Evangelio, ni limitar instrumentalmente los contenidos. En fin, la «recta conciencia» equivale a comprender que cuando se anuncia el Evangelio es necesario ser concientes de la coherencia a la que somos llamados. Por tanto, la fortaleza y la seguridad del evangelizador vienen de la fe y la esperanza que hay en él, pero su conducta de vida debe ser irreprochable. Esta metodología está justificada por el mismo Apóstol: «Para que en el momento en que se habla mal de vosotros, queden avergonzados quienes difaman vuestra buena conducta en Cristo» (16 b). Como puede verse, también en este caso retorna el reclamo al estilo de vida de los creyentes como forma constitutiva de su credibilidad; una anotación que merece ser recordada en el desarrollo del tema de la nueva evangelización.

## PERSPECTIVAS

Como se puede observar, el camino de la nueva evangelización está marcado; estamos llamados a renovar el anuncio de Jesucristo, de su

muerte y resurrección para provocar de nuevo la fe en él mediante la conversión de la vida. Si nuestros ojos fueran capaces de observar en profundidad los eventos que marcan la vida del hombre contemporáneo, sería fácil constatar que este anuncio tiene todavía un espacio privilegiado. Por tanto, debemos provocar la reflexión sobre el sentido de la vida y de la muerte, y de una vida más allá de la muerte; sobre estas cuestiones que marcan la existencia y determinan la identidad personal, Jesucristo no puede ser un extraño. Si la nueva evangelización no se hace fuerte en el componente de misterio que rodea la vida y relaciona con el misterio infinito de Dios, no tendrá la eficacia necesaria para esperar la respuesta de fe. En esta perspectiva cobran fuerza las palabras de *Gaudium et spes* 22 que indican un camino que merece ser recorrido<sup>5</sup>. El texto diseña el perfil de una nueva antropología para nuestro tiempo, en el primado del misterio, abre nuevos horizontes para la acción de la Iglesia. Un primer sendero es el de la búsqueda constante del rostro de Dios. Como bien ha subrayado Benedicto XVI en su discurso al Collège des Bernardins, la cultura por su propia naturaleza se caracteriza en el *quaerere Deum*, la búsqueda de Dios, y sólo de esta manera resulta eficaz y productora de progreso<sup>6</sup>. Esta búsqueda, enraizada en una tradición bimilenaria ha sabido entrar en las culturas, expresando con todos los instrumentos a su disposición el acontecimiento culminante de la revela-

---

<sup>5</sup> «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona. El que es *imagen de Dios invisible* (Col 1,15) es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejantes en todo a nosotros, excepto en el pecado. Cordero inocente, con la entrega libérrima de su sangre nos mereció la vida. En El Dios nos reconcilió consigo y con nosotros y nos liberó de la esclavitud del diablo y del pecado, por lo que cualquiera de nosotros puede decir con el Apóstol: El Hijo de Dios *me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gal 2,20). Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido» (GS 22).

<sup>6</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso al Collège des Bernardins*, París, 12 de septiembre de 2008.

ción de Dios a la humanidad. Como puede verse, la nueva evangelización no está llamada a afrontar, en primera instancia, la problemática sobre la existencia de Dios como respuesta al ateísmo. En primer lugar ella debe renovar la presentación de la persona de Cristo Jesús y su conciencia de ser el Hijo y revelador definitivo del misterio de Dios. En este contexto, en la lógica de un recorrido formativo no se podrá dejar de presentar de modo renovado el cristianismo como culmen del fenómeno religioso y por tanto, la temática de la *verdadera* religión. Dejar en suspenso estos contenidos por una malentendida forma de tolerancia, o bien permanecer pasivos ante una creciente forma de control del lenguaje sobre la expresividad del cristianismo, no sería un buen servicio a quienes tienen el derecho de escuchar la verdad de la revelación.

Por esto es necesario que la nueva evangelización se sostenga en una nueva reflexión antropológica en clave apologética, capaz de llegar al hombre contemporáneo con la presentación del evento cristiano. Uso intencionalmente esta expresión, haciéndome cargo de su sentido positivo. Apología indica, en primer lugar, la presentación del acontecimiento cristiano como anuncio de una novedad esperada. En diversas épocas históricas se puede verificar diversas metodologías; por ello es que estamos obligados a no repetir errores del pasado. Pienso por ejemplo, en la trampa en que había caído una cierta apologética del período moderno, cuando queriendo responder a las objeciones provenientes de algunas tendencias racionalistas, redujo todo el problema al nivel de *ratio* y de *demonstrationes*. Trampa muy peligrosa porque así se elevaba la *ratio* a señora absoluta y se reducía la *fides* a una experiencia meramente espiritual, relegada a la esfera privada y de hecho carente de influencia. No creo que se deba, en primer lugar, defender la fe y el accionar de la Iglesia a partir de presupuestos externos y en general prefijados por extraños. La fe tiene una fuerza propia de credibilidad que deriva, sobre todo, de la relación con la Revelación, y no primariamente con la razón. E incluso cuando ella se relaciona, justamente, con la razón para mostrar su racionalidad, también en este caso ella muestra que el acto con el que se cree va más allá, porque tiende a la acción litúrgica donde el misterio viene evocado y celebrado, y al testimonio de la caridad, donde se convierte en la forma suprema del creer. Por ello es importante una nueva apologética que, retomando el misterio que transforma y convierte, se presente al hombre contemporáneo no para demostrar la existencia de Dios y la veracidad de la Revelación, sino sobre todo para *mostrar* cómo

sin su presencia y cercanía el hombre se transforma en un extraño para sí mismo. Tanto el amor como el dolor pierden su sentido y cada uno permanece encerrado en una creciente soledad, perdiendo incluso la alegría de vivir.

En este sentido pueden ser significativas las palabras de Benedicto XVI: «En este momento de la historia tenemos necesidad de hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo... necesitamos hombres que tengan la mirada dirigida hacia Dios, aprendiendo de Él la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por Dios y quienes Dios abra el corazón, de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los otros y cuyo corazón pueda abrir el corazón de los otros. Solamente a través de hombres tocados por Dios, Dios podrá retornar junto a los hombres»<sup>7</sup>. La nueva evangelización, por tanto, parte desde aquí: de la credibilidad de nuestro vivir de creyentes y de la convicción que la gracia actúa y transforma hasta convertir el corazón. Un camino que todavía hoy compromete a los cristianos después de dos mil años de historia.

---

<sup>7</sup> J. RATZINGER, *L'Europa di Benedetto nella crisi delle culture*, Siena 2005, 63-64.

